

merosos de tan singular escena. Para calmarle Mr. de Caulaincourt le dice:—Pero, señor, el ejército llegará al cabo, y aun podría hacer vuestra magestad dentro de cuatro dias lo que haria ahora. —Muy de pronto, y á pesar de no haber dado señales hasta el presente de oír ni de hacer caso de nada de lo que se decia ó pasaba en torno suyo. Napoleon alza la cabeza, se va derecho á Mr. de Caulaincourt, y siendo así que al parecer jamás habia admitido la posibilidad de una revolución, exclama.—¡Ah, Caulaincourt, no conoceis á los hombres! ¡Tres dias, dos dias! No sabeis lo que se puede hacer en tiempo tan corto; no sabeis cuántas intrigas se pondrán en juego en mi contra; no sabeis cuántos hombres me volverán la espalda. Si queréis, por sus nombres, os los citaré todos. Para que veais, ahora se supone que he mandado que se haga salir de París á mi esposa y á mi hijo; esto es verdad, mas no puedo decirlo todo. Mi esposa es una niña, se hubieran valido de ella en mi contra, y Dios sabe qué actos se la arrancaran de tal manera. Pero olvidemos tales miserias. ¡Tres dias, cuatro dias, tiempo muy largo! No obstante el ejército llegará, y si se me ayuda, aun es posible salvar á Francia.—Napoleon enmudece, reflexiona, da algunos pasos siempre de prisa, y luego exclama con acento inspirado.—¡Caulaincourt, ya voy á cojo á nuestros enemigos! ¡Dios me los entregará! Los anonadaré dentro de París; mas fuerza es ganar tiempo, y vos me podeis ayudar á ganarlo. Entonces, indicando que deseaba estar solo, se queda con Mr. de Caulaincourt y le expone sus ideas reducidas á lo siguiente. Se necesita que Mr. de Caulaincourt vaya á París y se presente á

Alejandro, del cual será bien recibido, para que apele á los recuerdos de este príncipe, y aspire á despertar sus antiguos sentimientos, y le haga entrar en los peligros que le amenazan en aquella gran capital, sobre todo acercándose Napoleon con sesenta mil hombres, recogiendo los veinte mil que se alejan de París; unos y otros ávidos de venganza y queriendo restablecer á toda costa el honor de nuestras armas. Aun sin que se le mueva por tal perspectiva, y todavía producirá mayor efecto, cuando haya quien se aplique á ponerse delante de los ojos. Si en tal disposicion de ánimo se le ofrece una paz inmediata bajo condiciones que se aproximen á las de Chatillon, no querrá comprometer su triunfo, y volverá á enviar á Mr. de Caulaincourt al cuartel general francés, tras de darle oídos. Entre las idas y venidas de Mr. de Caulaincourt, tres ó cuatro dias pasarán pronto. Y entonces, añade Napoleon, tendré mi ejército y todo será reparado. —Pero, señor, responde Mr. de Caulaincourt, no sería este el caso de negociar seriamente, de someteros á los sucesos, ya que no á los hombres y de aceptar las bases de Chatillon, ¿lo á lo menos las principales?—No, replica Napoleon, ya basta con haber titubeado un momento. No, no, todo lo ha de concluir la espada. ¡Cesad de humear! Aun se puede salvar hoy la grandeza de Francia. Magníficas son las probabilidades, si me ganais tres ó cuatro dias. Sin embargo, de ser con Mr. de Caulaincourt muy lentero, se le hacia trabajo lo de resistir al torrente de tal energía, no podía por tantos infortunios, y solicita que se le agregue el príncipe Berthier, como iniciado en el

secreto de los recursos que aun tiene el emperador á su alcance, conocido además y estimado por los soberanos, y á quien acaso den oídos. Napoleón no deja acabar á Mr. de Caulaincourt su demanda. Desde luego necesita á Berthier, siendo el único que conoce en todos sus detalles la distribución del ejército sobre el teatro confuso de la guerra; mas no es tal su razon de mas peso.—Berthier es excelente, dice Napoleón, posee grandes dotes, me ama y le amo, pero se resiente de débil. No imagináis lo que podrian recabar de este defecto los intrigantes que van á agitarse. Id, marchad sin Berthier, solo con un temple al modo del vuestro se puede resistir al foco de tantas intrigas. ^{Paris} Tras de este coloquio tan animado, se convino en que Napoleón se fuera á Fontainebleau, concentrara allí sus tropas y reuniera todos sus últimos recursos, y en que mientras lo aprestara todo para la postrera y formidable lucha, se esforzara Mr. de Caulaincourt por entorpecer, ya que no atajar, las empresas políticas que los aliados iban á intentar dentro de París con el auxilio de los descontentos, y en que ganara así tres ó cuatro dias, hasta que la hora suprema de la salvacion sonara, y apareciera Napoleón á las puertas de la capital, para sucumbir acaso, bien que tambien para arrastrar de fijo á la coalicion en su caída. Mr. de Caulaincourt aceptó esta mision con su lealtad ordinaria, no en ánimo de engañar á los soberanos aliados, pues no propendia á engañar á nadie, ni aun á los enemigos de su pais, sino á impulsos de la esperanza de que tornaran á nacer algunas relaciones entre un soberano intratable y la Europa victoriosa. De consiguiente, salió con dirección á Pa-

ris, mientras Napoleón emprendia la marcha á Fontainebleau; no sin ordenar á las tropas que iban llegando que tomaran posicion y se establecieran sólidamente en la ribera del Essona. Detrás de esta línea queria Napoleón operar la concentracion de sus fuerzas. Tan animado estaba que se le pudiera creer en visperas de una de las grandes victorias de su vida; lo propio que al dia siguiente del mayor desastre. Ya en su mente ardorosa habia concebido un proyecto que se figuraba adecuado á cambiar la suerte. Detrás le seguian cerca de cincuenta mil hombres, á los cuales se iban á juntar los quince ó diez y ocho mil procedentes de París. Con los que le seria dado allegar de las márgenes del Sena y del Yona, no juntaria menos de setenta mil combatientes. Los queria concentrar entre Fontainebleau y París, á lo largo del Sena, con su derecha sobre este rio y su izquierda hácia Orleans, donde se hallaban su esposa y su hijo. Desparrados dentro de París y distribuidos á las dos márgenes del Sena, se encontrarían los contrarios, y con setenta mil soldados, que tenian en el corazon la rabia del honor y del patriotismo, no desesperaba Napoleón de descargar aun golpes terribles, golpes que resonarian á través de los siglos. Y quién sabe si restauraria quizá en una jornada sangrienta la grandeza de Francia! Estas ideas se sucedieron con la celeridad del relámpago en su mente, y despues de despachar á Mr. de Caulaincourt á París, dió órdenes al general Belliard, previniéndole que se trasladara á la ribera del Essona, y llamara allí á los dos mariscales, y los estableciera sobre el camino de Orleans y á orillas del Sena. Le anunció que, por medio del gran

parque de artillería, le proporcionaría con que reemplazar cuanto habían perdido en la gloriosa y funesta batalla de París. Tras esto dejó á Mrs. de Caulaincourt y Belliard, y partió con Berthier hacia Fontainebleau á fin de esperar y de reunir allí sus tropas.

A la par que Napoleon tomaba este camino, Mr. de Caulaincourt dirigióse á París, y se fué derecho al Hotel de Ville, ante la autoridad municipal, única subsistente en nuestra capital abandonada. Pero ya la autoridad ésta se había trasladado al castillo de Bondy, para recomendar la población parisiense á los soberanos aliados. Ya era mas de media noche. Alejandro había hecho á los dos prefectos y á la diputación que les acompañaba la mas benévola acogida. Dueño de París al fin este monarca, su júbilo llegaba á colmo. Una vez satisfecho su orgullo, se habían vuelto á sobreponeer todos sus excelentes sentimientos. Al deseo de agradar se reducía su inclinación mas pronunciada, y á nadie quería agradar tanto como á los franceses, que tan repetidas veces le habían vencido, y á quienes acababa de vencer á su turno, y cuyos aplausos ambicionaba con ahinco. Asombrar á fuerza de generosidad á este pueblo generoso constituía á la sazón su mas acariciado sueño. Noble debilidad, si acaso merece tal nombre.

Así recibió con extremada cortesía á los dos prefectos y á la diputación parisiense; les repitió lo que ya había dicho tan á menudo, que no hacia la guerra á Francia sino á la loca ambición de un solo hombre; que no intentaba imponer á Francia un gobierno, ni una paz humillante, sino librarla de un despotismo, que la había hecho padecer no

menos que á Europa. Luego les afianzó para la capital el mas suave trato, con tal de que los parisienses se mantuvieran quietos, y se mostraran tan amigables con sus nuevos huéspedes como estos lo querían ser respecto de ellos. Sin dificultad consintió en dejar la policía de París á la Guardia nacional, y en no alojar á sus soldados en las casas de los vecinos. Solo pidió víveres que no tenia y que le fueron ofrecidos.

Terminada la conversacion general, dirigióse individualmente á cada miembro de la diputación, y afirmó de nuevo que, al llevar á Francia la paz mas honrosa, la dejaria en la libertad mas absoluta para la elección de su gobierno. Sobre todo, mostró mucha impaciencia por averiguar el paradero de Mr. de Talleyrand, lo que hacia este gran personaje, y donde se hallaria entonces. Mr. de Nesselrode, presente á la entrevista, rogó á Mr. de Laborde, á quien conocia y que era miembro de la diputación, que viera á Mr. de Talleyrand, y le detuviera en París, si no había partido, y le asegurara la mayor consideracion de parte de los soberanos.

Mientras los prefectos se hallaban en presencia de Alejandro, los oficiales de ambos ejércitos estipularon las condiciones de la evacuación de París. Segun convinieron, á las siete de la mañana los soldados de los mariscales Marmont y Mortier entregarían las barreras á los soldados de los ejércitos aliados, tras de lo cual harían su entrada en París los monarcas.

No habiendo encontrado Mr. de Caulaincourt en el Hotel de Ville á las autoridades parisienses, se dirigió tambien al castillo de Bon-

dó, y en el camino halló á la diputacion ya de vuelta. Alguna dificultad hubo de vencer para ser admitido por Alejandro, mas al fin logró su deseo. Al verle Alejandro le recibió con la cordialidad de siempre, hasta le abrazó de la manera mas afectuosa, y explicóle por qué no le había recibido en Praga; tras de lo cual, viniendo á los grandes sucesos del dia, le dijo que, exento de todo sentimiento, sin otro anhelo que el de la paz, yendo á buscarla á París, ya que no la había podido obtener en Chatillon, la queria honrosa para Francia, á la par que segura para Europa, por cuyo motivo ni él ni sus aliados consentirian en negociar con Napoleon ya nunca; que tan poco les costaria mucho hallar con quien venir á tratos, pues de todas partes se les decia que tan fatigada estaba la Francia de Napoleon como Europa, y que su mayor afan consistia en verse libre de su despotismo; que á mayor abundamiento los aliados no pensaban ni por asomo en violentar á la noble Francia, y antes, por el contrario, se proponian respetarla profundamente, dejarla por completo la eleccion de su soberano, y celebrar la paz con el que asi resultara elegido; que, una vez entrados en París, consultarian á los hombres de mas nota, con inclusion de los de todas las opiniones; y que aquello que resolvieran los personajes mas acreditados del pais, lo adoptarían los aliados y lo sancionarian con la adhesion de Europa.

Consternado Mr. de Caulaincourt al oír este lenguaje reposado, dulce, y á la par que resuelto, probó á combatir las ideas emitidas por Alejandro. Se esforzó por hacerle sentir el peligro de que los aliados, representantes del orden social y monár-

quico en Europa, se condujeran á semejanza de los fautores de revoluciones, destronando á un principe reconocido durante muchos años, adalado por todas las córtés, aceptado por ellas como aliado y por una como yerno; el peligro de dar fé sobre materia tan delicada á los descontentos, que no consultarian mas que sus pasiones; de engañarse asi en punto á los verdaderos sentimientos de Francia, que, aun desaprobando las guerras continuas de Napoleon, se mantenía reconocida á la gloria y al órden interior de que habia gozado bajo su centro, y se hallaba poco inclinada á cambiar su robusta y gloriosa mano por la mano débil y olvidada de los Borbones; el peligro, en fin, de arrastrar á la desesperacion asi á Napoleon como á sus tropas, de remitir á nuevos y horrorosos azares un triunfo no esperado, triunfo que se podria consolidar al momento y ser definitivo por virtud de una paz equitativa y moderada.

Alejandro apareció poco movido por estas razones; y respondió que no se oíría á descontentos, sino á hombres sensatos, que no tuvieran tomado partido ni interés sospechoso; que los soberanos aliados ni tenían ni podían tener gusto en derribar tronos; que el peligro de reducir á Napoleon á la desesperacion lo tenían en cuenta; pero que, después de avanzar tanto, y sobre todo, ahora que su union era muy estrecha, se hallaban resueltísimos á llevar á término la lucha, para no tener que volverla á empezar en condiciones menos favorables; que sin duda esperaban golpes extraordinarios de Napoleon ínterin tuviera una espada en la mano; pero que, aun cuando se les repeliere de París, allí tornarian de nuevo hasta conquistar una paz se-

gura, la cual no se podía esperar del hombre que desde Cádiz hasta Moscou habia talado la Europa.

Aun fingiendo no temer un último acto desesperado de Napoleón se traslucía de sobra que interiormente le turbaba á Alejandro, y que este argumento seria de peso considerable en las negociaciones sucesivas. A propósito de las resoluciones que parecian tan fijamente acordadas por las potencias, Mr. de Caulaincourt preguntó al czar si Austria no tendria ninguna consideración á los lazos de familia, y si habria llevado tan lejos sus soldados para tener el honor de destronar á su hija, en cuyo caso ya no podrian acriminar tanto al pueblo francés por haber degollado á una archiduchesa, los que iban á destronar á otra. — Austria, repuso Alejandro, se ha decidido con trabajo sumo; pero desde que rehusasteis el armisticio de Lusigny, ideado por ella para facilitar un acomodo, se halla tan convencida como los demás de que no es posible tratar con su yerno, y de que para conseguir una paz duradera se hace necesario firmarla con otro.

A esta declaracion añadió Alejandro nuevas seguridades de amistad á Mr. de Caulaincourt, de comprometió á que le tornara á ver en el curso del dia, le prometió que le recibiria á todas horas, si bien á su vez le hizo prometer que guardaria en Paris la reserva de un parlamentario, y dejole de seguida, porque se aproximaba la hora del triunfo, y su orgullo se mostraba impaciente. No queria incurrir en París, pero si hacer allí su entrada.

Entre diez y once de la mañana del jueves 31 de marzo de 1814, dia de dolorosa é inextinguible memoria, se pusieron en marcha los soberanos

aliados para entrar en Paris triunfalmente. El emperador Alejandro se apropió el papel principal y se le dejó que lo representara. De muy buena voluntad se lo cedia el rey de Prusia, dándose por feliz de sobra con el triunfo de las armas aliadas, triunfo que su desconfianza de la suerte le habia hecho poner en duda hasta el último instante. Separados del cuartel general de resultas de la batalla de Arcis-sur-Aube el emperador Francisco y Mr. de Metternich, se habian retirado á Dijon é ignoraban la toma de Paris. Por lo demás, el principe de Schwarzenberg tenia bastante autoridad y conocimiento de sus miras para reemplazarles completamente en estas graves circunstancias. Lord Castlereag, ministro de un gobierno que necesita explicárselo todo á la nacion, se habia ausentado para manifestar al parlamento las razones en que el tratado de Chaumont estaba fundado. De consiguiente, nadie podia disputar al czar el imperio de la situacion en este instante, y muy pronto se echó de ver asi en la esterioridad como en la sustancia de las cosas.

Alejandro, llevando á su derecha al rey de Prusia, á su izquierda al principe de Schwarzenberg, detrás un brillante estado mayor, y por escolta cincuenta mil soldados escogidos; observando un órden perfecto, con una banda blanca al brazo, adoptada para evitar las equivocaciones sobre el campo de batalla, avanzaba por medio del arrabal de San Martin á caballo. Una proclama dada por los dos prefectos, para hacer patentes las intenciones benévolas de los monarcas aliados, anunció á la poblacion parisiense el suceso doloroso y solemne que iba á entristecer sus moros. Difícil fuera tra-

zar las emociones de esta población, víctima de los sentimientos mas encontrados. Siempre sensibilísimo el pueblo de Paris al honor de las armas francesas, irritado de no haber logrado que se le dieran fusiles, y hasta sospechando traicion donde no hubo mas que flaqueza, aguantaba con aversion mal disimulada la presencia de los soldados extranjeros. Mas ilustrada la clase media, sin tener menos patriotismo, avalorando las causas y las resultas de los sucesos, se mostraba fluctuante entre el horror á la invasion y la satisfaccion de ver cesar el despotismo y la guerra. Finalmente, la antigua nobleza de Francia, olvidando á fuerza de su odio á la revolucion la gloria del pais que en otro tiempo le fué tan cara, ante la caída de Napoleon experimentaba un loco regocijo, que no le permitia sentir á la sazón el desastre de la patria. Deseosos algunos miembros de esta nobleza de promover en Paris algun suceso parecido al de Burdeos, recorrian el arrabal de San German, la plaza de la Concordia, el bulevar, agitando una bandera blanca y prorumpiendo en gritos de *viva el rey* y que sonaban sin eco, y aun provocaban á menudo una desaprobacion manifiesta. Reposada y triste la Guardia nacional daba en todas partes el servicio, pronta á mantener el órden, si bien á la verdad nadie pensaba en alterarlo.

Tal era el aspecto de Paris. Al seguir los soberanos aliados el arrabal de San Martin hasta el bulevar por medio de una apiñada y silenciosa muchedumbre, no hallaron al principio mas que semblantes mustios y á veces amenazadores. Por lo demás, ni una aclamacion ni un insulto señalaron su marcha grave y lenta. Al llegar al bulevar, y apro-

ximándose á los barrios altos de la capital, empezaron á cambiar con los sentimientos de la población los semblantes. Se oyeron algunas voces que daban á entender el aprecio que se hacia de las disposiciones generosas de Alejandro. A ellas respondió con sensibilidad marcada. Bien pronto sus repetidos saludos á la población y el órden tranquilizador observado por sus soldados, produjeron manifestaciones cada vez mas amistosas. Finalmente, apareció el grupo realista que desde la mañana recorria Paris agitando una bandera blanca. Sus entusiastas gritos de *viva Luis XVIII, viva Alejandro, viva Guillermo!* resonaron de súbito en los oidos de los soberanos, y les causaron una satisfaccion visible. A los gritos violentos de este grupo se juntaron los de las mugeres elegantes, agitando sus pañuelos blancos, y saludando con la vivacidad apasionada de su sexo la presencia de los monarcas extranjeros; ¡Triste espectáculo, que hay que deplorar sin que mueva á asombro, pues es el que ofrecen los pueblos divididos en todos los tiempos y paises! ¡Efectivamente, las alegrías de los partidos sofocan las mas legítimas angustias de la patria!

Estas postreras manifestaciones tranquilizaron á los soberanos aliados, á quienes la frialdad malévola mostrada por las masas populares en el arrabal de San Martin y en el bulevar de Saint-Denis habian inquietado al pronto, no respecto de su seguridad personal, sino en cuanto á la feliz prosecucion de sus designios. Sin hacer parada se dirigieron á los Campos Eliseos, para pasar allí revista á sus soldados; hallando manera por tal recurso de llenar con un brillante espectáculo militar las

horas de este dia, mientras sus ministros se aplicaran á cuidados mas serios y mas apremiantes. Con efecto, urgía hablar á esta ciudad de París, tan temida aun en su derrota; decirle que no se iba á conquistar, ni á oprimir, ni á humillar á Francia; que solo se le llevaba la paz, desechada por un gefe intratable; y que en quanto á la forma de su gobierno disfrutaria libertad para elegir el que mas fuera de su agrado. Con todo, así para concertar este lenguaje, como para saber á quien dirigirlo, fuerza era abocarse con personajes conceptuados, y durante la revista de los Campos Eliseos, se fué á ver Mr. de Nesselrode al que indicaba cierta especie de designacion uniforme, esto es, á Mr. de Talleyrand. Le encontró en su famoso palacio de la calle de San Florentino, esperando este paso tan fácil de prever, y preguntóle en nombre de los soberanos aliados, qué gobierno convendria erigir de seguida; y declarándole que se fiarian en sus luces de mejor grado que en las de ningun hombre de Francia. Mr. de Talleyrand, que de muy atrás conocia y estimaba al abábil diplomático ensiado ante su persona, le recibió afectuosamente, y le dijo la verdad pura; que el gobierno imperial estaba arruinado en los espíritus del todo; que el régimen de la guerra perpétua inspiraba tanto horror en el año de 1814, como en el año de 1800, el de la guillotina; y que nada seria mas fácil que operar una revolución; si se trataba á Francia con los miramientos de que este gran pais era digno, sobre todo si se le demostraba con las obras á la paz que con las palabras, que los soberanos aliados no querian figurar como sus conquistadores, sino como sus libertadores. Fácil era entenderse en términos

tan generales. Mr. de Nesselrode repitió las seguridades que tenia encargo expreso de prodigar de continuo, y ya empezaban ambos diplomáticos á discutir los graves asuntos que surgian de las circunstancias, cuando Mr. de Nesselrode recibió del emperador Alejandro un mensaje singular y cuyo objeto era el siguiente. Por una modestia muy delicada no se quiso alojar Alejandro en las Tullerías, sino en el Eliseo, y durante la revista se le dió un billete, en que se suponía que dicho palacio estaba minado. A Mr. de Nesselrode envió este billete, con el fin de que averiguara si el tal aviso podia tener algun fundamento. Mr. de Nesselrode comunicó el mensaje á Mr. de Talleyrand, quien se rió de tan pueril aviso, bien que ofreció cortesmente poner á disposicion del emperador de Rusia su palacio, donde no tenia que recelar ningun peligro, y donde reinaban costumbres á lo príncipe ya hacia muchos años. Anheloso aceptó Mr. de Nesselrode la oferta, por dar un gran testimonio de la mas alta consideracion á un personaje de quien se tenia necesidad suma, por acrecentar á la par su influencia, y hasta por allanar mucho la obra que se iba á empezar á poner en planta. Cuantos figuraban de algo atrás como confidentes ó visitantes asiduos de Mr. de Talleyrand, por ejemplo, el duque de Dalberg, el abate de Pradt, el baron Luis, el general Dessoles, y otros muchos, habian acudido á su casa para hablar de los prodigiosos sucesos que estaban en via de consumarse. Así tenia del todo formada su corte para recibir al emperador Alejandro, cuando se trasladara al palacio de la calle de San Florentino después de pasar revista á sus tropas. Apeándose el

emperador Alejandro del caballo en la plaza de la Concordia, se encaminó á pié á la mansion del gran dignatario imperial, le tendió la mano con aquel agasajo, que seducia á cuantos no estaban al cabo de la sagacidad oculta bajo el encanto de sus modales, cruzó los aposentos ya llenos de gentío, se dignó admitir á su presencia á los nuevos realistas, cuyo número se aumentaba á vista de ojo, y despues de prodigar á cada cual las demostraciones mas lisonjeras, se encerró con Mr. de Talleyrand para consultarle sobre las importantes resoluciones que urgía adoptar sin demora. Llamados el rey de Prusia y el príncipe de Schwarzenberg á esta conferencia, se presentaron de seguida, y Mr. de Talleyrand pidió la vénia para introducir á su verdadero, á su solo cómplice, al duque de Dalberg, que, superándole en lo temerario, se habia atrevido á despachar un emisario al campo de los aliados. Apenas juntos estos eminentes personajes, se pusieron á deliberar acerca del grande asunto que los habia congregado, el del gobierno que se debia dar á Francia.

Alejandro, que ya habia contraído la costumbre, y siguió contrayéndola mas cada dia, de abrir y de cerrar las conferencias, empezó por repetir lo que decia á todo el mundo; que ni él ni sus aliados habian ido á Francia para operar revoluciones, sino para conseguir la paz; que la celebraran en Chatillon si Napoleon hubiera querido, pero que, no habiendo encontrado allí mas que repulsas, obligados á llegar en busca de esta paz hasta dentro de los muros de Paris, se hallaban prontos á celebrarla con quienes la desearan francamente; que no les incumbia la designacion de los hom-

bres á cuyo cargo estuviese representar á Francia en tal coyuntura, y constituir su gobierno; que acerca de este punto no tenian la pretension de imponer á nadie; que ni se proparasen á excluir á Napoleon mismo, si no se hubiera excluido á sí propio al desechar de una manera definitiva las condiciones en que vinculaba su seguridad la Europa; y que, fuera de Napoleon, se hallaban dispuestos á admitir á la regente Maria Luisa, al príncipe Bernadotte, hasta la república, y por último á los Borbones, todo lo que pareciere desear la nacion francesa. Sin embargo, por interés de Europa y de Francia, se debia elegir un gobierno que pudiera sostenerse, con especialidad al suceder á la poderosa mano de Napoleon, pues no convenia volver á empezar la obra que iba á ser consumada.

A pesar de tener Alejandro una preferencia natural hacia los Borbones, no disimuló que los monarcas aliados temian que estos príncipes, desconocidos á la sazón de Francia, y no conociéndola tampoco, fuesen incapaces de regirla; que igualmente les parecia difícil que se pudiera organizar un gobierno formal con una mujer y un niño, como Maria Luisa y el rey de Roma, siendo especialmente del propio dictámen el emperador de Austria; que, buscando así el mejor gobierno que se podia dar á Francia, á veces le habia ocurrido el príncipe Bernadotte, pero que, no hallando mucha aceptación al designar este candidato, se guardaria bien de imponerlo; y que, en tal incertidumbre, con mayor facilidad se plegaria el dictámen de los soberanos al voto de Francia, única autoridad á quien se debia consultar sobre la materia; que ellos solo tenian un interés y un derecho, el de

conseguir la paz, si bien segura, al concederla honrosa, tal como se debía á una nacion cubierta de gloria, y á la cual no se le imputaban sus males, por constar de fijo que bajo el yugo que se acababa de romper habia sufrido tanto como Europa.

A este lenguaje dulce, halagüeño, insinuante, solo estaba llamado á dar respuesta un hombre, y era Mr. de Talleyrand. A él se dirigian particularmente estas cuestiones como el de mas crédito entre los personajes á quienes podian ser propuestas. Poco impaciente en lo general por declararse, dejando de buena voluntad expresar su sentir á los mas vivaces, si bien sabiendo decidirse cuando lo requeria el caso, Mr. de Talleyrand poseia en el mas alto grado el discernimiento de las situaciones, alcanzaba á penetrar lo conveniente á cada una de ellas, y además tenia el arte de dar á sus consejos una forma aguda ó sentenciosa, que al golpe les valia la boga de un chiste, ó de una frase profunda. A las claras discernia que, elevado Napoleón por la victoria, solo á su amparo podia sostenerse, y que ya vencido, estaba destronado; que, no siendo aceptable la república para una generacion, á cuyos ojos habian pasado los horrores de 1793, y figurando la monarquía como el solo gobierno á la sazón posible, no se encontraba dinastía mas en aptitud de prevalecer que la de los Borbones, porque las condiciones, que hacen idónea para reinar á una familia, no se crean al capricho, ni artificialmente. Por un momento pueden elevarse á un hombre su génio ó el azar de las revoluciones, y se acababa de tener una prueba de esta verdad notoria, si bien, pasado el fenómeno, de seguida

tornan los pueblos á lo sancionado por el tiempo por las costumbres nacionales. Ya á cubierto de la venganza de Napoleón, muy despacio y con lisura dijo Mr. de Talleyrand la verdad sobre esta materia. En su concepto, Napoleón no era ya posible. Francia, á la cual habia prestado grandes servicios, bien que haciéndoselos pagar muy caros, veia en su personalidad lo que veia Europa, esto es, la guerra, y suspiraba por la paz. Así Napoleón representaba entonces lo contrario de lo que apetecia de un modo fôrmal y absoluto la generacion presente. Aun cuando asintiera á firmar la paz, no se podia contar con ella. Efectivamente, aun siendo esta paz muy honrosa, tal como la podia aceptar Francia, tal como Europa en su alta razon debia concederla, cualquiera que fuese esta paz, siempre resultaria muy inferior á lo que Napoleón propenderia en sus aspiraciones, y no podria sostenerla sin venir á menos, y de consiguiente, sin intencion de violarla. Así no habia que pensar en su persona, por ser incompatible con la paz, que era la necesidad del mundo entero, y muy pronto se veia que este modo de pensar radicaba en todos los espíritus, no bien estallara la opinion universal aun comprimida. Siendo Napoleón personalmente imposible, lo era de igual modo en su esposa y en su hijo. ¿Acaso habria quien pudiera creer seriamente que no estaria detrás de Maria Luisa y del rey de Roma para gobernar en su nombre? Nadie. De esta suerte preponderaria Napoleón con todos sus inconvenientes y con todos los del disimulo. Por consiguiente, habia que renunciar á combinacion semejante, y puesto que el príncipe augusto, que habia dado á Napoleón la